

Gabriela Mistral y su Sobrino

Isolina
Barraza
de Estay

VICUÑA 1978

Juan Miguel
Godoy Mendoza^{AL}
(YIN - YIN)

A LA SAGRADA MEMORIA DE
GABRIELA, EMELINA Y GRACIELA,
ILUMINADAS EN LA ETERNIDAD.

Isolina Barraza de Estay

Más de una vez me he referido a Isolina Barraza de Estay y a su vocación de apasionada estudiosa de todo lo elquino. Desde muy joven su interés se había concentrado en la figura de Gabriela Mistral y fue amontonando recortes de diarios y revistas y anotando cuidadosamente los recuerdos personales recogidos de boca de quienes habían conocido a Lucila Godoy en su primera época. Esa tarea se vio singularmente favorecida por su estrecha amistad con Graciela Barraza, hija de Emelina Molina, hermana mayor de Gabriela.

Lejos estaba Isolina de sospechar, en esa primera época, la importancia que iba a tomar su **archivo**. Andando los años comenzó a recibir consultas por correo y los investigadores de la literatura no tardaron en presentarse personalmente para obtener sus datos. Datos que jamás fueron mezquindados, porque entre las condiciones personales de Isolina se destaca ese absoluto desinterés al brindar el fruto de su esfuerzo a los estudiosos, incluso proporcionó direcciones y hasta libros, relacionados con Gabriela, a dos norteamericanos y un chileno, para completar sus tesis de doctorado en Castellano, en la Universidad de Berkeley y en Madrid.

Ella se había limitado, siempre, a escribir unos breves artículos periodísticos, destinados a recordar algún acontecimiento elquino.

Pero ahora Isolina ha realizado un trabajo de más aliento. Decidió hacerlo, hace tiempo, ante las aseveraciones de cierto periodismo deseoso de sorprender al público desprevenido con afirmaciones imprevistas, como la de afirmar que Yin-Yin, el sobrino de Gabriela, que se suicidó en Petrópolis, era en realidad su hijo. Esa afirmación podía sorprender a quienes no conocieran detalles de la vida y el carácter de la escritora, pero no a quienes habían podido valorar su entereza y no dudaban de que si hubiera tenido

un hijo, ante el mundo entero lo hubiera reconocido como tal.

El trabajo de Isolina no es polémico. Se limita a referir acontecimientos, apoyándose en datos proporcionados por su archivo y por quienes conocieron bien a Gabriela y sabían de que manera inesperada ese niño había llegado hasta ella. No hay afirmaciones antojadizas. Todos los hechos están documentados y abarcan la residencia en Provenza, Madrid y Petrópolis y el inexplicable suicidio del muchacho.

Sabemos que Gabriela nunca se repuso de ese tremendo golpe. Ese dolor le inspiró muchos de sus mejores poemas. Fueron incluidos en **Lagar**, publicado en 1954.

Bienvenidas estas páginas de Isolina Barraza de Estay destinadas a arrojar mayor claridad sobre episodios que algunos se empeñan en ver confusos.

MARTA ELENA SAMATAN
Argentina — Santa Fe — 1978

Recordando a Gabriela

Fue una tarde estival del año 1925 cuando conocí a Gabriela Mistral, en Santiago. Fui llevada a su presencia por su sobrina Graciela Barraza Molina, con quien tenía una fraternal amistad, iniciada en La Serena. Ella me había hablado mucho de su famosa tía. Su abuela Petita y Emelina, su madre, directora de una escuela en La Serena, me consideraban como de la familia.

Nunca olvidaré aquel instante cuando llegué a su presencia. Fue tan grande mi emoción que tuve el impulso de besarle el vestido o caer de rodillas. Era yo entonces estudiante universitaria y recitaba con fervor su famoso "Ruego" y sus "Sonetos" al sulcida, con que fuera premiada en 1914, cuando los Juegos Florales de Santiago.

Gabriela venía llegando de Europa, después de haber vivido en México, alfabetizando indígenas en los pueblos rurales, acompañada, asistida siempre por esa otra mujer excepcional que fuera la escultora Laurita Rodig.

Pasaron los años, su fulgurante nombre fue repetido con entusiasta admiración en este Continente y en la milenaria Europa. Allá vivió modestamente en pequeñas ciudades o en barrios alejados del ajetreo de las grandes capitales, como París y Madrid; mas, donde fuera, iba con ella el murmullo del río Elqui, el tronar de la tempestad andina, el silbido del viento en los desfiladeros, (musiquilla de los valles como ella dice); el dulzor del higo morado, los rostros campesinos de las "Cuatro Reinas".

La última guerra la empujó a su América, y Brasil la recibió como diplomática y relevante intelectual. Ahí en ese exuberante y hermosísimo país, en la imperial Petrópolis, vivió los días más amargos de su vida, como también fue ahí donde supo de la corona para ella, la única Reina de Montegrande, que tuvo reino de verdad.

Era demasiado tarde tal noble galardón que le de-

jara Alfredo Nobel: Había muerto su único sobrino —chileno-catalán— con quien celebrar tan gloriosa distinción. También ya no existían sus amigos Zúeig, muertos, como su sobrino, por sus propias manos, entre los años 1942 al 43.

Llegó a Suecia a recibir el Premio, sola, huérfana de efectos familiares, acompañada sí por su Patria, en la persona del señor Ministro, don Enrique Gajardo Villarroel; acariciada por los colores de su bandera.

Rindió homenaje allá a la gran Selma Langerloff, premiada, como ella, con el laurel de la Academia Sueca. Deshojó pétalos sobre su tumba y pisó reverente el suelo de Marbacka, donde naciera la autora de Nils Holgerson.

Y otra vez Francia, la capital del mundo. Nápoles, la costa azul con Rapallo y Niza. De ahí viajó a América, donde habría de morir.

Y la vimos por segunda vez, en 1954, cuando al bajarse del auto en esta hostería, fui la primera en abrazarla y escuchar sus palabras, grabadas en mi alma: "Tú eres la única que me queda en esta vida"...

La acompañé hasta Montegrande y al regreso fue el último abrazo.

En sus cartas me hablaba de Chile y sus gentes, pedía datos de plantas y animales autóctonos. La obsesionaba la reforma agraria y el niño. Los niños de su Patria, de su Montegrande inolvidable, eran su lacerante preocupación, "con sus pies desnudos y bocas pedigüeñas".

Desde California hizo envíos de zapatos y trajes para los escolares de aquel pueblo, y, en su testamento no los olvidó, donándoles sus derechos de autor, de lo que se publicara acá en el Sur de América.

Su fe religiosa era un sentimiento muy suyo: Creía en el más allá, en Buda y Jesucristo. San Francisco era su guía y a él lo dejó como su albacea, en la benemérita Orden Franciscana.

En una de sus cartas, desde Monrovia, el 14 de Abril de 1947, me decía "Mi sentido de la muerte es muy otro del normal de nuestra gente. A mí me ha costado mucho vencer dentro de mí a la muerte física, es decir la imagen mórbida de eso y cuanto ella contiene. Creo que la he vencido no hace más de un año, después de dos años de sangreamiento interior por Juan Miguel. Ahora yo rezo a Emelina y Yin juntamente, a ambos los invoco y creo que ambos llegan. Y aunque no la vivo como muerta, les pido rezar conmigo, según reza él desde hace mucho. Yo he perdido el apego natural a la vida y creo que más sirvo para la otra que para ésta. Ella como Yin, me ayudará a la faena que me quede aquí abajo".

Cuando nos visitó en 1954 nos dejó estos consejos: "Al niño no se le reprenda por sus locuras, por nada de lo que llamamos absurdo. El niño es algo aparte. Su sensibilidad es todo, es algo muy grande y muy respetable. La sensibilidad es algo tan fino como el alma y se confunde con ella".

Y sabiendo de cerca, en plena guerra europea, lo que era la xenofobia, nos dijo y encargó: "Nuestra humanidad es tan hermosa, elquinos, como nuestra tierra frutal y florida. Que nunca veamos aparecer aquí la xenofobia, ni la guerra civil de otros pueblos. El hecho peor que puede pasar en una escuela es el suicidio de un niño".

Recordaba, sin duda, con estas palabras, a su amado sobrino Yin-Yin, que se quitó la vida allá en Petrópolis, en 1943.

Ahora, yace en la privilegiada colina de Montegrande, donde llegan, día a día, chilenos y extranjeros; poetas y artesanos, a depositar su homenaje de admiración cariñosa a la mujer sin tiempo en el recuerdo.

Y he querido publicar los siguientes documentos e investigaciones personales, probatorios de quienes fueron los padres de ~~Carlos~~ Miguel, en respuesta a un insidioso artículo, aparecido en un diario santiaguino, en 1974, con este título: "El hijo de Gabriela Mistral".

Juan

Provenza

Provenza, llamada así, porque fue la primera provincia conquistada por los romanos. Sus habitantes son mezcla de iberos, griegos, fenicios e italianos. Aún conservan la lengua cultivada por los trovadores, la dulce y amorosa lengua de Oc, de los felibres.

Es probable que Gabriela haya escogido la Provenza, por ser la tierra de Federico Mistral, a quien admiró tanto, que adoptó su nombre inmortal, y que a su vez la inmortalizó, para vivir días de paz y recorrer los senderos que llevaban a Maiano, la aldea del romántico escritor y Premio Nóbel.

Bedarides

En 1928 Gabriela fue a vivir a este pequeño pueblo de Provenza, de apenas 2.000 habitantes, en el Departamento de Vaucluse, con sus pequeños ríos de Oureza y Sorgue. Tal como Vicuña de esos años, con sus mismos árboles, como higueras, moreras, naranjos, granados.

Aquí en esta cálida y amorosa tierra de Mireya y Vicente; Calendal y Esterela; con su viento Mistral, correteaba Yin-Yin (1) con sus escasos cuatro años, por el jardín de la quinta San Luis, acaso chupando moreras o desgranando granadas, seguido por su amiga chilena, la encantadora niña Pradera Florida Urquieta Alday, que Gabriela llevó desde La Serena y a quien cariñosamente trataba de sobrina.

Pradera, que afortunadamente vive, esposa y madre feliz, me contó haber estado presente cuando llegó un señor con Juan Miguel a entregárselo a Gabriela, por encargo de su madre moribunda, internada en un sanatorio de tuberculosos, en Suiza, donde pronto falleció.

Ahí, en esa quinta, lo conoció el joven estudiante

mexicano Andrés Iduarte, a quien Gabriela, con su generosidad de siempre, le dio hospedaje indefinido, dada su precaria situación económica.

Después de la muerte de Gabriela, en 1958, Iduarte publicó en "Cuadernos Americanos", N° 100, México, Julio-Agosto 1958, un artículo titulado "Gabriela Mistral, Santa a la Jineta". Allí van cartas suyas escritas en esa época y el diario que llevó en el lugar, del 18 de Abril al 8 de Agosto de 1929.

Este es un párrafo de una carta del 13 de Mayo de 1929, escrita a Octavio Rivera Soto:

"Dentro de la casa todo marcha bien. La villa Saint-Louis es una quinta bastante bonita. Tiene un enorme jardín con el encanto supremo de no estar cultivado con excesivo esmero, lleno de herbazales en donde tenderse. El edificio, esto es, la casa propiamente dicha, está bastante buena. Hay de todo lo que el más exigente pueda pedir... La gente es agradable, integrada por la dueña Gabriela Mistral; por su sobrina, una chilena que lleva el nombre de Pradera; por un chiquillo de cuatro años, hijo de una amiga de Gabriela, que lo ha encargado a ella, porque está enferma del pecho y curándose en Suiza.

El "Llinllin" (ortografía usada por Iduarte), como se apoda el chiquillo, es el centro de la casa; vive jugando con todo el mundo y está muy consentido; es buena raza: catalán.

- (1) Juan Miguel Godoy Mendonza
Yin quiere decir Fiel, en hindú.

En Madrid

En 1935, don Luis Enrique Délano, funcionario del Consulado chileno, que atendía Gabriela, lo recuerda así:

“Yin-Yin asistía a estas lecturas, con sus grandes ojos claros clavados en mí, en una actitud de expectación. Cuando en la narración había algo heroico, una pelea, un peligro, se le iluminaba la cara. —¡Bravo, Enrique! — decía con sus erres afrancesadas. Y cuando terminaba la lectura del capítulo: —¿Y qué sigue? ¿Qué le va a pasar a los expedicionarios?

—No sé, Yin-Yin. Todavía no lo sé.

Yin-Yin había pasado ya de la etapa de las hadas y los enanos y estaba en la de los detectives y las aventuras en el África. Se apasionaba con revistas en las que el héroe era el Agente Secreto X-9. Cuando Gabriela nos leía un poema, con su tono tan poco enfático, Yin-Yin escuchaba en silencio. Yo no se si entendía la aspereza a veces oscura de la poesía de su “mamita”, pero oía con respeto, como si comprendiera.

Lola (1) iba a dejarlo al colegio en la mañana y a recogerlo en la tarde. De vuelta paseaban como amigos y a veces también se peleaban. Un primero de Noviembre lo llevé a ver “Don Juan Tenorio”, puesto por la Compañía de Margarita Xirgú, seguro que la magia de la pieza de Zorrilla, el tráfico de fantasmas y los duelos de espada lo iban a interesar. Al sentarnos en la platea, escuché un “hola” español. Era Federico García Lorca, que en su butaca siguió con verdadero éxtasis el desarrollo de la obra. A Yin-Yin, en cambio, terminaron por aburrirle los parlamentos en versos y al final, a la hora de los fantasmas, estaba medio dormido”.

(1) Esposa de Délano.

En Petrópolis

A setenta y cinco kilómetros de Río de Janeiro, ascendiendo por caminos de exuberante vegetación, especialmente platanales y cafetales, se llega a la bella ciudad imperial de Pedro II, cuyo palacio conserva religiosamente los recuerdos del paso por sus habitaciones de sus majestades.

Era el año 1941, plena guerra. Temerosa Gabriela de sus trágicas consecuencias y pensando, más que en ella, en su adorado sobrino, se trasladó desde Europa al Brasil, viviendo poco tiempo en Niteroi y definitivamente en Petrópolis: "Donde podré ver una vez más el sol de América y sentarme a comer fruta que no sea de lata, de aliñar mi comida con aceite que no sea mineral, como el que estamos comiendo". (1)

En una gran casa toda blanca, con amplios ventanales, mirando a una avenida de hermosos árboles, con un pequeño jardín, que ella gustaba cultivar, como un descanso a sus actividades puramente intelectuales, estaba instalado el Consulado de Chile. Ahí vivía feliz con su mimado Yin-Yin y de Consuelo Saleva (Connie), que la acompañaba como su amiga y secretaria.

Muy cerca de ella vivía el ilustre escritor austriaco judío Stefan Sweig y su compañera, quien había emigrado también de Alemania, donde le habían confiscado sus bienes e incinerado sus preciados libros. Con ellos alternaba Gabriela muy amistosamente y se cambiaban visitas y meriendas. Desgraciadamente, sin que nadie lo presintiera, ambos se quitaron la vida, dejando la interrogante de la verdadera causa de su trágica eliminación.

Al contrario de Gabriela, Yin-Yin no gustaba del pueblo brasileiro, ni de su clima, ni idioma y estudiaba con poco entusiasmo en una escuela agrícola. "Yin-Yin no embonó nunca con el país ni con lo americano en general..." (2)

Como ya contaba con 18 años, el amor había llamado apasionadamente a su corazón y lo había convertido en un ser irascible y voluntarioso. Un mal día le habló a Gabriela, a su "Buda", como la llamaba a veces, por su acti-

tud hierática, y le declaró su deseo de contraer matrimonio con una niña de ascendencia alemana... Oírlo Gabriela, e indignarse fue su reacción; más que nada, por ser alemana, país causante de la guerra. Pasaron los días y Yin-Yin, al parecer, ya se había olvidado del suceso, y al contrario le manifestó a Gabriela que ya no pensaba en casarse. La vida de ambos siguió tranquilamente su curso. Connie ya no estaba con ellos, pues había aceptado un puesto en la Embajada de Estados Unidos, en Río, y quedaron los dos solos, a la espera ansiosa de la gran amiga Palmitta Guillén, que había anunciado su viaje.

Un día aciago, el 14 de Agosto de 1943, el joven Juan Miguel Godoy Mendonza, ingirió una fuerte dosis de arsénico, que lo llevó a la tumba, sin que ciencia médica alguna pudiera rescatarlo a la muerte, ante el estupor y consternación de Gabriela y sus amigos.

Gabriela habría de exclamar, casi demente: "Por tercera vez he sido herida por el rayo". Y en carta, el 17 de Enero de 1945, a su amigo de confianza, el venerable y santo varón, don Zacarías Gómez, residente en Santiago le dice: "Después de mi duelo (death of Yin-Yin) he debido coger los pedazos de mi misma y rehacer mi mente. Creo que nuestra vida espiritual no anda distante". (3)

Dos días después del suicidio de Juan Miguel, Consuelo Saleva, a pedido de Gabriela, le escribió a don Zacarías Gómez, desde Petrópolis, diciéndole "que Gabriela le estaría profundamente agradecida si él pudiera informar a Emelina, acerca de la condición de Juan Miguel: Gabriela está muy preocupada y tristísima con la gravedad de Yin-Yin y me encarga que Ud. se lo escriba a Emelina para que ella rece por él". (3)

Se comprende que Gabriela quiso darle la desgraciada noticia gradualmente a su hermana.

(1) Carta a la escritora y abogado chilena-argentina Marta Samatán Madariaga.

(2) Carta a la escritora y abogado chilena-argentina Marta Samatán Madariaga.

(3) Gabriela Mistral's Religious Sensibility.
By Martín Taylor. University of California. Volume 87.

Palma Guillén y Yin-Yin

En un artículo de "El Mercurio", de fecha 14 de Marzo de 1976, el señor Luis Vargas Saavedra, dice ser poseedor de algunas fotos de Yin-Yin, donados por Palmita, poco tiempo antes de morir:

Dentro de un sobre en el que Palma (1) escribiera: "lo más valioso y querido para mí", estaban guardadas cuatro fotos de Yin-Yin chiquito y dos de Gabriela con él: hierática, como esas madonas catalanas, bajo la resolana del Midi (¿acaso Marsella?), junto a unos bellos muros de piedra enmalezados (¿acaso los de Arles?), sostiene al niño sobre su falda. Un manto oscuro sobre las rodillas la hace todavía más madonesca. Ningún sentimentalismo: no hallaremos allí la exhibición de esa maternidad reprimida que varios querrian hallarle o achacarle: en vez de eso, una mujer serena, plácida, budica, con un niño juguetero en los brazos o a los pies.

Yin-Yin era su sobrino Juan Miguel Godoy, allegado a vivir con ella, después de la muerte de su madre española. El padre, hermano ilegítimo de Gabriela, no pudiendo hacerse cargo del pequeño de meses, lo cedió a Gabriela, bajo promesa de no quitárselo jamás.

Adopción LEGAL, no hubo, y el niño pasó al cuidado de Gabriela.

Palma me cuenta en una carta de Noviembre de 1965: "El medio hermano de Gabriela andaba por el Africa del Norte en los años 1926-1927. Le llevó el niño a principios de 1926. La madre de Yin-Yin, que era española, había muerto y por eso el hermano le llevó el niño. Yo no estaba con Gabriela en esos momentos. Ella, por el frío, estaba en Marsella. Me llamó por telegrama y cuando llegué me la encontré muy atareada, porque no tenía práctica alguna de cuidados de niños y no sabía qué hacer con un

crio de meses, porque Yin-Yin tenía menos de un año — 9 a 10 meses tal vez”.

Muy escasas fotos de Yin-Yin se conocían; estas suplen la falta. Muestran a un muchacho de rasgos muy semejantes a los de Gabriela: los ojos claros, la boca con rictus amargo —que se prende en una sonrisa encantadora— la frente despejada. Y las mismas muñecas anchas y los huesos ocultos”.

-
- (1) Palma Guillén, primera secretaria de Gabriela, en México, cuando llegó en 1922, invitada por el Sr. Ministro, don José Vasconcelos. Más tarde llegó a ser su más leal y fraternal amiga. En su testamento la nombró su albacea, junto con Doris Dana.

Carta Colectiva enviada por Gabriela a varias amigas en Chile

Meses después de la muerte de Juan Miguel, recién Gabriela pudo escribir, contando la tragedia, sufrida por el suicidio de su sobrino. Lamentablemente, en su dolor, interpretó el hecho muy a su manera:

“Río de Janeiro, 17 de Noviembre de 1943.

“Si no les escribo así en cuadrilátero, yo no se cuando podría escribirles por separado y es tiempo de sobra de agradecerles sus cartas y su compañía desde lejos y de contarles en detalle la mala muerte que entró en mi casa por tercera vez y peor que antes. Mi Yin, mi “niñito”, ahora más “niñito” que nunca, por la locura que me lo llevó, no se fue por dolencia, Emita, se me mató. Y escribir estas tres palabras todavía me parece sueño. Y estaré insensata y no tocaré fondo de estabilidad para mi misma, mientras no entienda el absurdo. Me aliviaría, me descansaría sólo con entender y aunque el entender no tenga nada que hacer con el recobrar ni el aceptar.

Las razones que me dan, que me agrupan, que me descubren, casi todas resultan inválidas, o tontas, o débiles. La razón de más cuerpo y la más inmediata es la de una banda de malvados que le maltrataba de palabra en un colegio odioso lleno de xenofobia. Pero yo no lo mandé allí siquiera, y “él habría podido dejarlo en cualquier momento”. Le decían “el francés”, con el dejo de burla que ahora le dan a la palabra en el mundo exitista; le reían su pequeña joroba, que no pasaba de un lomito doblado. Pero uno de los pícaros se le aparecía en los lugares mundanos, cuando le veía con muchachas o familias a echarle en cara algún desliz con mujeres livianas, delante de las señoronas “bigotes”. Estos hechos lo torturaban visiblemente; “su sensibilidad, que de excesiva parecía la de un desollado”. Yo le había rogado —hacia el final, que fue cuando lo supe— de vi-

vir en su casa y salir menos. Pero él era sociable e ignoraba además la maldad criolla. El no sabía cómo un extranjero, aún siendo familia de un cónsul, siempre resulta un intruso o un vagabundo para el de adentro. (El pecado único del que me acuso es el de haberle impuesto mi vida errante, pues había en él un claro daño hecho por su existencia ambulante, sin raíces, y sin regularidad, por lo tanto). La banda escolar lo convenció, al final, de que la muchacha a quien quería, hablaba de él y lo tenía por antipático. Y más, lo convencieron de que la tal muchacha estaba por encima de él y era inaccesible. En todo, en clase, en medios de vida, en educación, hasta en físico ella le era inferior de punta a cabo. El creyó, porque su inteligencia maravillosa "no le sirvió jamás para darse cuenta de sí mismo".

Cuando yo vi que su crisis de adolescencia era muy fuerte, y cuando, en el último tiempo vi su obsesión de aquella muchacha, llegué a decirle que aunque me dolía que fuese alemana y aunque nunca la había visto, él podía casarse con ella y traerla a este caserón vacío, pues ya habían partido la huésped Río Branco y Connie, que trabajaba en su Embajada de Río. Me contestó que no pensaba en casarse.

Vivíamos en una especie de idilio, porque el estar solos nos había ligado mucho más; él sabía mi dolencia del corazón y me cuidaba con un primor, con una ternura indecibles. Y no hay quien me haga comprender que ese niño que se levantaba a medianoche por haberme oído respirar mal, se haya matado en ese estado normal sin que lo hayan enloquecido con una droga cualquiera de las que abundan en los trópicos o de las que manejan otras bandas de hoy. El vivía ahora a todo su gusto; no gustaba de las visitas y tenía un sentido de la casa que parecía árabe; los suyos y ni el aire de afuera...

Otra razón, la segunda que me dan, es la de su temperalismo. Me la dan los que no conocen a mi gente. Pero nunca ví a un Godoy que no fuese peor que yo, que ni viviese torturándose y que no resistiese esta vida hasta los sesenta y los ochenta. "Es nuestra normalidad". Y yo no me

inquietaba demasiado de las pequeñas rarezas de Yin. Peor soy yo misma.

Mucho más razonable se me queda la explicación de su nacimiento, que fue con forceps y estropeó a madre e hijo, y mucho. El tenía su cabecita con cinco o seis daños y con una cicatriz grande en la nuca. Me cuentan ahora que entre los quince o los veinte años se hace una reacomodación favorable del sistema nervioso de región tan delicada y que en otros casos el sistema se derrumba. Pero no ha habido síntomas mayores, palpables, de este derrumbe.

Una mujer francesa, madura o vieja, andaba en su busca: le pedía abandonar a su familia e irse con ella, "lo cual él había rechazado de plano".

En los últimos tres días, Yin ha hecho varias cosas que prueban el que no pensaba en el horror que había de consumir: mudanzas de muebles, para su cuarto, de un piso a otro; "proyectos en detalle para más tarde", ingreso en sociedades, con pago de cuota anual y mucho más.

Ustedes me entienden que no pienso en que una droga lo mató, sino en que le trabajaron el cerebro hasta enloquecerlo. Y aquí mis sospechas no miran sólo a tres de la banda, sino a uno de dos grupos que lo buscaban, que corresponden a las serpientes que trabajan el mundo hasta en sus mínimos rincones". A un grupo de esos, los eché de esta casa de mala manera; el otro nunca se apareció aquí, y dos de ellos llegaron tarde, y no se con que fin, cuando mi chiquito estaba ya muerto, con señales claras de lo que son. Yo estaba en casa, pues en nueve días no pude andar; los recibieron dos bobos que no conocen la malicia, Connie y un amigo y colega de oficio, y nada averiguaron sobre estas figuras de bajo fondo, que nunca se habían aparecido por la casa.

Es cuanto en una carta puedo decirles de la materialidad de los hechos. Como una sonámbula, en la semana última que me dio de compañía, "tuve con él conversaciones que habría tenido sólo por adivinación de su riesgo". Le hice saber, que por fin, yo había redondeado la suma neces-

ria, que siempre busqué tener para que él acabase su educación si quería seguir estudios, o bien para que comenzase a hacer negocios menudos a los cuales se inclinaba, por dejarse la vida libre y dado a leer y escribir. (Muy bien, pero muy bien hacia sus novelas de ensayo, en una lengua limpia y sobria, sin un solo lugar común, con un fondo de pesimismo muy Godoy, con una rara elegancia de sintaxis, sin vicio de sentimentalismo, con ironía, y adentro con una agudeza y una sutileza que nunca vi en gente de su edad). Para aligerarle su pena de los malos compañeros le conté minucias de mi vida y este hecho: que la he hecho entera con sólo unos seis amigos, que en todo me han valido y que me han bastado. El tenía dos, ambos de sangre francesa. (Aquí una explicación destinada a Victoria: Yin no embonó nunca con el país ni con lo sudamericano en general; nuestro confusio-nismo y nuestro hábito de mentira y de hipocresía, le repugnaban vivamente). Yo tal vez, le sacrifiqué con traerlo de Europa. Pero ¿cómo iba a quedarme o a dejarlo en medio de la guerra sin superlativo que vino

Don Pedro sabe, Margot, otro tanto, que este niño no era una porción de mi vida, que era ella misma, que en él empezaba y que vida personal no tengo de hace tiempo. Menos que nunca en estos años de Brasil. "La guerra me ha desnudado tantas tristes verdades de mi gente criolla americana, me ha hecho verlas tan ciegas y tan sin remedio próximo que la pasión de ellas que me había absorbido y gastado fue abajándose y apagándose". La casa era él, el día él, la lectura él. Yo se que Dios castiga rudamente la idolatría y que ésta no significa únicamente el culto de las imágenes.

¡Ay, pero tengo que volver a mi vieja herejía y creer en el karma de las vidas pasadas a fin de entender qué delito mío fenomenal, subdísimo, me han castigado con noche de agonía de mi Juan Miguel en un hospital, tan espantosa a pesar del estoicismo increíble con que soportó las brasas del arsénico en su pobrecito cuerpo querido!

Tengo que "echar atrás mi cristianismo" y dar oído a los muchos brasileros que me han repetido como en letanía ésto: —No viene de ahora, ni de aquí, sino de una orilla oscura que Ud. no sabe, este golpe, este azotazo y esta ceniza.

Por otra parte, no es consuelo lo que busco, "es verlo" y en el sueño suelo tenerlo, y en sensaciones de presencia en la vigilia también, y de lo que de ambas cosas recibo es de lo que voy viviendo, y de nada más que eso.

Palmita llegó tarde para salvarlo con su camaradería, "con su amor lúcido que no es el mío". El sabía su llegada y tampoco puedo yo comprender que se fuese teniendo ya la certidumbre de su viaje en dos semanas. El la adoraba y le daba una confianza plena, más cabal de la que a mí me daba, como si se tratase de una niña de su edad.

Ahora no me queda sino una hermana tendida, postrada y con setenta y dos años. Nunca la poesía fue para mí algo tan fuerte como para que me reemplace a este niño precioso con una conversación de niño, de mozo y de viejo, que nunca se me quedaba atrás en ella. Otro no me puede encandilar como él; no hay compañía que me cubra el costado derecho como él, cuando yo iba por esas calles de las estranjerías heladas y duras; no hay tampoco don de olvido en mí para semejante experiencia. La tengo trenzada conmigo en cada cinco minutos. Y yo voy viviendo en dos planos, de manera peligrosa. Decirles más es inútil, porque no les he dicho nada en tres páginas. "Ustedes recen por él alguna vez, hasta aquellos de ustedes que no creen mucho". Yo vivo mejor que nunca en la certidumbre de la vida eterna y un pensamiento único me aplaca y me pone a dormir cada noche; el de que yo iba a dejarlo pronto y a vivir sola mi trasmundo y ahora tengo mi trasmundo con él en poco tiempo, a corto plazo.

Les abrazo, les agradezco sus palabras y los quiero todo lo que saben y más que eso.

Su Gabriela

Noviembre 16-1943. Mi Yin murió el 14 de Agosto, hace pues tres meses.

La señora Emelina, hermana de Lucila-Gabriela, me decía en Noviembre de 1943, desde La Serena: "Así como pensaste, así fue. Miguel se mató por amor. ¡Pobre mi hermana, cuánto ha sufrido!"

Defunción de Juan Miguel

En 1963 tuve la buena idea de dirigirme al señor Cónsul de Chile en Petrópolis, solicitándole el certificado de defunción de Juan Miguel Godoy, por intermedio del jefe de la Oficina del Registro Civil de esta ciudad de Vicuña, cuya nota copio de mi archivo:

República de Chile, Vicuña, Noviembre 21 de 1963
Excelentísimo señor:

Se ha presentado a esta oficina la señora Isolina Barraza de Estay, miembro del "Centro Cultural Gabriela Mistral", de esta ciudad, a solicitar por nuestro intermedio, el servicio que, a mi vez, tengo la honra de transmitir a Ud.:

En 1943 era Cónsul de Chile, en Petrópolis, nuestra compatriota y laureada Premio Nóbel, Gabriela Mistral, quien vivía con su sobrino JUAN MIGUEL GODOY. Desgraciadamente este joven se suicidó, probablemente en el mes de Agosto de ese año. Se precisa el certificado de defunción de este ciudadano para incluirlo en el archivo Gabriela Mistral, del Museo de esta ciudad. Si esta gestión tuviera éxito de su parte, yo le ruego tenga la amabilidad de contestarme cuanto dinero (dólares) tendría que enviar para los impuestos y envío de DOS certificados, para remitirselos a la brevedad posible.

Este señalado favor comprometerá la gratitud del Jefe de esta Oficina y de la solicitante, señora Barraza de Estay.

Disponga Ud. distinguido señor, de éste, su afectísimo y S. S.

Orlando Rivera Olivares

Oficial del Registro Civil e Identificación
(Hay un timbre)

Al Excelentísimo señor
Jefe de la Oficina del Consulado de Chile
Petrópolis, Brasil

Con fecha 9 de Enero de 1964, el señor Cónsul de Chile, don Marcial Rivera Marambio, contestó lo siguiente, incluyendo dos certificados, diciendo lo siguiente:

CONSULADO DE CHILE

mrm/Idc

Nº 4

Río de Janeiro, 9 de Enero de 1964

Señor

Orlando Rivera Olivares

Oficial del Registro Civil e Identificación

VICUÑA

De mi consideración:

Con referencia a su oficio Nº 1872, del 21 de Noviembre último, relacionado con la petición de dos certificados de defunción del joven JUAN MIGUEL GODOY, sobrino de nuestra distinguida compatriota, Lucila Godoy Alcayaga-Gabriela Mistral- me es grato acompañarle adjunto a la presente, los certificados solicitados.

Le agradeceré, por lo tanto, de acuerdo con el recibo adjunto, se sirva hacerme llegar a mi poder la cantidad de Cr. \$ 1.035,00, valor que he cancelado por los certificados del caso. Por otro lado me permito manifestarle que actualmente no hay Consulado de nuestra Patria en la ciudad de Petrópolis.

En espera de su apreciada respuesta sobre el particular, me es grato saludarlo muy atentamente

MARCIAL RIVERA MARAMBIO

Cónsul de Chile

Aquí hay un timbre que dice:

Consulado de Chile en Río de Janeiro

Brasil

Recibidos los mencionados certificados y hechos los trámites para conseguir los cruzeiros, me dirigi al señor Orlando Rivera Olivares, en los siguientes términos:

Vicuña, 7 de Marzo de 1964

“Distinguido señor y amigo:

Tengo el agrado de adjuntarle cheque del Banco de Chile de Valparaíso, por la suma de Un mil treinta y cinco cruzeiros y a la orden del Sr. Marcial Rivera Marambio, nuestro Cónsul en Río de Janeiro.

Este dinero es en cancelación de los dos certificados de defunción, solicitados por mí, tiempo atrás, del malogrado joven Juan Miguel Godoy, sobrino de Gabriela Mistral y que se consiguieron por intermedio del señor Rivera Marambio, rogándole a Ud., que tan eficazmente, en su calidad de funcionario del Registro Civil, colaboró en esta gestión, hacerle llegar este cheque.

Por otra parte, esperando conseguir estos cruzeiros, no había dado cumplimiento a mi deseo de donar al Museo Gabriela Mistral este certificado, lo que hago hoy día muy gustosamente y sin costo alguno para el Museo, y rogándole a Ud., como distinguido miembro de la Biblioteca G. Mistral, de la que depende el Museo, hacer entrega de este documento, debidamente enmarcado, que hago llegar a sus manos.

Considerando una valiosa adquisición para completar la biografía de nuestra Gabriela, espero que este documento sea exhibido en una de las vitrinas con llave del Museo.

Agradeciéndole su intervención en este trámite, tiene el agrado de saludarle con especial afecto, S.S.S.

Isolina Barraza de Estay

El certificado de defunción dice así:

REPÚBLICA DOS ESTADOS UNIDOS DO BRASIL



REGISTRO CIVIL
ESTADO DO RIO DE JANEIRO
MUNICÍPIO DE PETRÓPOLIS
1.º DISTRITO - 2.ª ZONA JUDICIÁRIA

REGISTRO CIVIL
JUDICIÁRIA
ESTADO DO RIO DE JANEIRO
MUNICÍPIO DE PETRÓPOLIS
PAULO LOPES GERASSI
SUBSTITUTO
EST. DO RIO

CERTIDÃO DE ÓBITO N.º 01492

OSWALDO DA COSTA FRIAS, Escrivão privativo do Juízo de Direito e Oficial do Registro Civil da Segunda Zona Judiciária do Município de Petrópolis, Estado do Rio de Janeiro, por nomeação, na forma da Lei, etc.

CERTIFICO que a fôlhas 12 - do livro número 5 - de Registro de Óbitos, termo número 3128 - , acha-se registrado o óbito de "JUAN MIGUEL GODOY MENDONZA"

do sexo masculino - - - , de cor branca - - - , com 18 - - - anos de idade, natural de Barcelona, Espanha - - - - - com a profissão de escolar - - - - - estado civil solteiro - - - - -

filho de CARLOS MIGUEL GODOY e de MARTHA MENDONZA - - - - -

o qual faleceu nesta cidade, no Hospital Santa Teresa - - - - -

às 2 - - - - - horas e 14 - - - - - minutos do dia 14 de AGOSTO = = = = de 19 43 = = = . Causa mortis: intoxicação arsenical, (suicídio) - - - - -

conforme atestado do Dr. Paulo Regendanz - - - - - e que foi sepultado no Cemitério desta cidade - - - - -

Foi declarante: Micelau Marinare - - - - -

Registrado em 14 de AGOSTO = = = = de 19 43 - - - - -

O referido é verdade e dou fé.

Petrópolis, 23 de DEZEMBRO = = = = de 1963 = = =

Paulo Lopes Gerassi
Oficial do Registro Civil
Sem exercício

A TAXA DE APOSENTADORIA
FOI INUTILIZADA NO CANHOTO

FIRMA
Rua do Rosário, 134
Estado da Guanabara

POEMAS
DE
GABRIELA

Recordando a
Juan Miguel

(L U T O)

LUTO

En sólo una noche brotó de mi pecho,
subió, creció el árbol de luto,
empujó los huesos, abrió las carnes,
su cogollo llegó a mi cabeza.

Sobre hombros, sobre espaldas,
echó hojazonas y ramas,
y en tres días estuve cubierta,
rica de él como de mi sangre.

¿Dónde me palpan ahora?
¿Qué brazo daré que no sea luto?

Igual que las humaredas
ya no soy llama ni brasas.
Soy esta espiral y esta liana
y este rueda de humo denso.

Todavía los que llegan
me dicen mi nombre, me ven la cara;
pero yo que me ahogo me veo
árbol devorado y humoso,
cerrazón de noche, carbón consumado,
enebro denso, ciprés engañoso,
cierto a los ojos, huído en la mano.

En una pura noche se hizo mi luto
en el dédalo de mi cuerpo
y me cubrió este resuello
noche y humo que llaman luto
que me envuelve y que me ciega.

Mi último árbol no está en la tierra
no es de semilla ni de leño,
no se plantó, no tiene riegos.
Soy yo misma mi ciprés

mi sombreadura y mi ruedo,
mi sudario sin costuras,
y mi sueño que camina
árbol de humo y con ojos abiertos.

En lo que dura una noche
cayó mi sol, se fue mi día,
y mi carne se hizo humareda
que corta un niño con la mano.

El color se escapó de mis ropas,
el blanco, el azul, se huyeron
y me encontré en la mañana
vuelta un pino de pavesas.

Ven andar un pino de humo,
me oyen hablar detrás de mi humo
y se cansarán de amarme,
de comer y de vivir,
bajo de triángulo oscuro
falaz y crucificado
que no cría más resina
y raíces, no tiene ni brotes.

Un solo color en las estaciones,
un solo costado de humo
y nunca un racimo de piñas
para hacer el fuego, la cena y la dicha.

LA LIANA

En el secreto de la noche
mi oración sube como las lianas,
así cayendo y levantando
y atanteos como el ciego,
pero viendo más que el buho.
Por el tallo de la noche
que tú amabas y que yo amo,
ella sube despedazada
y rehecha, insegura y cierta.
Aquí la rompe una derrota.
más allá un aire la endereza.
Una camada de aire la aupa,
un no se qué me la derriba.
O ya trepa como la liana
y el geiser a cada salto
recibidos y devueltos.
O ella es y yo no soy;
ella crece y yo perezco.
Pero yo tengo mi duro aliento
y mi razón, y mi locura,
y la retengo y la rehago
al pie del tallo de la noche.

Y es siempre la misma gloria
de vida y la misma muerte;
tú que me ves y yo que te oigo,
y la pobre liana que sube
y cayendo remece mi cuerpo.

Coge el cabo desfallecido
de mi oración, cuando te alcanza,
para saber que la tomaste
y la sostengas la noche entera.

La noche se hace de pronto dura
como el ipé y el eucalipto;

se vuelve cinta de camino
o queda y dura en río helado
¡y mi liana sube y te alcanza
hasta rasarte los costados!
Cuando se rompe tú me la alzas
con los pulsos que te conozco,
y entonces se doblan mi soplo,
mi calentura y mi mensaje.
Sosiego, te nombro, te digo
uno por uno todos los nombres.
¡La liana alcanza a tu cuello,
lo rodea, lo anuda y se aplaca!

Se aviva entonces mi pobre soplo
y las palabras se hacen río,
y mi oración así arribada
¡al fin sosiega, al fin descansa!

Entonces ya se que arriba
la liana oscura de mi sangre
y el rollo roto de mi cuerpo,
en oración desovillado,
y aprendo yo que la paciente
gime cortada, luego se junta
y vuelve a subir, y subiendo
a más padece, más alcanza.

En esta noche tú recoge
mi llamado, tómalo y ténlo;
duerme, mi amor, y por ella
hazme bajar mi propio sueño,
y como era sobre la tierra,
así, amor mío, así quedemos.

UNA PALABRA

Yo tengo una palabra en la garganta
y no la suelto, y no me libro de ella
aunque me empuja su empellón de sangre.
Si la soltase, quema el pasto vivo,
sangra al cordero, hace caer al pájaro.

Tengo que desprenderla de mi lengua,
hallar un agujero de castores
o sepultarla con cal y mortero,
porque no guarde como el alma el vuelo.

No quiero dar señales de que vivo
mientras que por mi sangre vaya y venga
y suba y baje por mi loco aliento.
Aunque mi padre Job la dijo, ardiendo,
no quiero darle, no, mi pobre boca,
porque no rueda y la hallen las mujeres
que van al río, y se enrede a sus trenzas
o al pobre matorral tuerza y abrase.

Yo quiero echarle violentas semillas
que en una noche la cubran y ahoguen,
sin dejar de ella el cisco de una sílaba.
O rompérmela así, como la vibora
que por mitad se parte entre los dientes.

Y volver a mi casa, entrar, dormirme,
cortada de ella, rebanada de ella,
y despertar después de dos mil días,
recién nacida de sueño y olvido.

¡Sin saber, ay! que tuve una palabra
de yodo y piedra alumbre entre los labios
ni poder acordarme de una noche,
de la morada en país extranjero,
de la celada y el rayo a la puerta
y de mi carne marchando sin su alma!

MI ARTESANO MUERTO

Tenías ay, tenías cielo y tierra
abiertos, y dorados y extendidos:
En tus dos ojos griseaba la caña
y el cafetal estaba en flor y en sangre
y los granados rompían tus aires.

Ahora otros menos que tú heroicos
cogen tus odres, tu lazo, tus redes.
Otros llegaron a tomar las barcas,
los arneses y el cubo de semillas.

Salen y entran por la casa tuya,
silban al alba, arrean y parten
y humean de su sangre y sus alientos.

Has dejado tendidos lecho y mesa.
Diste la espalda a todas tus colinas,
a tu parte de dunas y de pesca,
a tus canteros y tus albañiles.

Oigo picos, y sierras, y molinos,
en rasgándose el aire, y no son tuyos
y me remece el trueno de la piedra,
y la mecha y el brazo no son tuyos.
Van a torcer un río, a abrir un cerro,
van a plantar un pueblo como un árbol.
Pararon, jadeando una avalancha,
gritan un ¡aleluya! (y no es tu grito).

Y después de su gloria y de su gozo,
van a pasar delante de tu casa
esta tarde y mañana, ahora y siempre,
y los voy a contar uno por uno
sin verte el rostro, el turno ni la cifra.

En este atardecer todo lo vivo,

va a pasar vivo por tu casa yerta,
también los animales, con sus belfos
y su mirada, hasta las pobres bestias
olfateando mis ropas y tocándome
mugiéndome por ti y echando su hálito.

Parece como que todo está integro;
que nada muere y sólo tú moriste,
que todo acude y sólo tú fallaste,
que corre hasta el castor y baja el topo
y sólo tú, los pies te rebanaste.

En vano vuelan sobre los que pasan
su faena y sus juegos. Pasan henos
cortados, plumaradas de la caña,
vigas airosas y aleros rojos
y detrás y deshechas van tus obras
y voluntades en trapos de niebla.

Ibas a hacerme el establo, la granja,
el colmenar y el vivero de peces,
el pozo para cuando la sequía
y el campo sin arar para mi huesa.
Tú ibas a medir mis doce palmos,
Yo para ti, yo no iba a contarlos.

Quieren saber de ti, se mueven, gimen
hacia mi como rectos animales
en la noche, tus muros, y en el día
la sal me quema las palmas, la fruta
pregunta abierta y reteniendo el jugo;
el bananal bracea averiguándome,
y enrollánse y me siguen tus caminos.

Hay delante una tierra que era tuya,
y se quedó como mujer sin dueño;
hay un taller de oro, unos tendales
de herramientas oscuras y azoradas,

Y hay un olor de cafés y trapiches,
y hay sobre el campo una ancha levadura
que derramada sube, hierve y habla.

A todos los dejaste así de enteros,
así desperdiciados y ofendidos.

Huelen en los rincones los barnices.
Dan lumbres de impaciencia los forrajes
y las cuerdas se atan y desatan.

Y tú no vas ni vienes por este aire
y esta fe, y este ardor, y esta hermosura
sino que llegas con la luz sosegada,
y al cerrarse los puños de la noche,
ave de seda a caer en mi cara
y a repasar el pecho y darme sueño.

Pero mi sueño se rompió en tu cuerpo,
ya ni tú ni yo juntamos sus pedazos,
porque los medio días y el sol ácido
me muestran y me miden y mi gritan
tu río seco, tu granja aventada,
el fraude, tu huida, tus espaldas
y el respunte sin fin de tu carrera.

De "Poemes", trad. et postface de
Roger Callois,

Gallimard, Quinquieme Ed. Octubre
1946, France.

MESA OFENDIDA

A la mesa se han sentado,
sin señal los forasteros,
válidos de casa huérfana
y patrona de ojos ciegos;
y al que es dueño de esta noche
y esta mesa, no le tengo,
no le oigo, no le sirvo,
no le doy su mango ardiendo.

¿A qué pasaron, a qué
el umbral de roto espejo
que del animal nocturno
recogió el hedor y el peso,
cuando belfos y pelambres
los dice sus compañeros?

Mi soledad tengo a diestra
en un escarchado helecho,
y delante un pan ladeado
de dos bandas de silencio,
y mi balbuceo rueda,
como las algas, sin eco.

Nunca me he sentado a mesa
de mayor despojamiento:
la fruta es sin luz, los vasos
llegan a las manos hueros.

Tiene el pan de oro vergüenza
y el mamey un agrio ceño;
en torpe desmaño cumplen
loza, mantel, vino muerto,
y los muros dan la espalda
por no tocar lo protervo.
Y ellos del ama reciben
la respuesta de heno seco

y su mirada perdida
de pura ausencia y destierro.

Por el caído y por mí,
por habernos pecho a pecho,
era esta cita nocturna
en suelo y aire extranjero,
nuestra y de ninguno más.
largo y sollozado encuentro.

Para que él me lo dijese
todo en río de silencio,
en un rodar y rodar
de cordillera en deshielo,
y todo lo recibiese
yo de su alma y de su cuerpo.

Mirándoles y sin verles,
espero el liberamiento:
oir el último paso,
el tropel de los lobeznos
y ver que a purificar
la mansión llega su dueño.

EL COSTADO DESNUDO

Otra vez sobre la Tierra
llevo desnudo el costado,
el pobre palmo de carne
donde el morir es más rápido
y la sangre está asomada
como a los bordes del vaso,

Va el costado como un vidrio
de sien a pies alargado
o en el despojo sin voz
del racimo vendimiado,
y más desnudo que nunca,
igual que lo desollado.

Va expuesto al viento sin tino
que lo befa sobre el flanco,
y, si duermo, queda expuesto
a las malicias del lazo
sin el aspa de ese pecho
a la torre de ese amparo.

Marchábamos sin palabras,
la mano dada a la mano,
y hablaban las sangres nuestras
en los pulsos acordados.
Ahora llevo sin habla
esa diestra, ese costado.

Ahora es ese tantear
con pobres ojos de ocaso,
preguntado por mi senda
a las bestias y a los pájaros,

y el oír que la respuesta
la dan el pinar o el traro.

Otra vez la escarcha helada
más dura que el aletazo,
el rayo que va siguiéndome
de fuego envalentonado
y la noche que se cierra
en puño oscuro de tártaro.

Ya no más su vertical
como un paso adelantado
abriéndome con su mástil
los duros cielos de estaño
y conjugando en la marcha
el álamo con el álamo.

Voy sólo llevando el vaho
o el hálito apareado,
sin perfil ni coyunturas
en que llega mi trocado,
niebla de mar o de sierra,
rasando dunas y pastos

Aunque el naranjal me dé,
cuando cruzo, brazo y brazo,
y se allegue el Cireneo
o dé al niño un grito blanco,
¿quién consigue que no vea
con volverme, mi costado?

Cargo la memoria viva
en el tuétano envainado
y a cada noche yo empino
y vierto el profundo vaso,
siendo yo misma la Hebe
y siendo el vino que escancio.

Me acuerdo al amanecer
y cuando el mundo es soslayo,
y subiendo y descendiendo
los azules meridianos.
Y a cada día camino
lenta, lenta, por el diálogo
en que la memoria mana
a turnos con mi costado.

Cuando me volví memoria
y bajé a tiniebla y vaho,
arañando entre madreporas
y pulpos envenenados,
volví sin él, pero traje,
desde el Hades, como dádiva,
la anémona que es de fuego
de la verdad al costado.

Ahora que supe puedo
con lo que falta de tránsito:
apenas tres curvas, tres
blancas lejías de llanto
y se me va apresurando
el correr como el regato.

Han de ponernos en valle
limpio de celada y garfio,
claros, íntegros, fundidos
como en la estrella los radios,
en la blanca geometría
del dado junto al dado,
como fuimos en la luz,
el costado en el costado.

Van a descubrirse, juntos
el sol y el Cristo velados,
y a fundirsenos enteros
en río de desagravio,

rasgando mi densa noche,
hebra a hebra y gajo a gajo,
y aplacando con respuestas
el grito de mi costado.

Hacia ese mediodía
y esa eternidad sin gasto,
camino con cada aliento,
sin la deuda del tardado,
en este segundo cuerpo
de yodo y sal devorado,
que va de Gea hasta Dios
rectamente como el dardo,
!así ligero de ser
sólo el filo de un costado!

LOS DOS

Cuando va acabando el día
María Madre sin marcha ni senda,
llega trayéndolo consigo.
No hace ruta y siempre llega.

Van llegando, blanqui-azulados
de crepúsculo o de ausencia,
con los visos del eucalipto,
y sin pasos como la niebla.

Madre María, hilos azules,
salvia en rama, cosa ligera,
nada dice, nada responde,
me lo adelanta y me lo entrega.

Se derriten las palabras,
se me deshacen como la arena
y en yéndose acuden otras
que saltarán ¡Dios mío! de ella.

Miguel y yo nos miramos
como era antes, cuando la tierra,
cuando la carne, cuando el Tiempo,
y la noche sin sus estrellas.

Ella azulada como los vidrios,
parecida al agua quieta,
dándole a mí, dándome a él,
calla, alienta y reverbera.

Ni se mueve ni se cansa,
brecha divina, rama entreabierta.

Con el corazón los llamo,
sin gesto, silbo, ni grito
y el venir es el doblarse
y ser los dos siendo que es ella.

Es mi día, hora por hora
esperarles tras una puerta
segura de ellos como de mi,
ojos, oídos y alma ciertas.

El crepúsculo se me tarda
o se me apura sobre la tierra.
Maduro en fruta nunca vista
fija, alba, calenturienta.

ANIVERSARIO

Todavía, Miguel, me valen,
como al que fue saqueado,
el voleo de tus voces,
las saetas de tus pasos
y unos cabellos quedados,
por lo que reste del tiempo
y albee de eternidades.

Todavía siento extrañeza
de no apartar tus naranjas
ni comer tu pan sobrado
y de abrir y de cerrar
por mano mía tu casa.

Me asombra el que, contra el logro
de Muerte y de matadores,
sigas quedado y erguido,
caña o junco no cascado
y que, llamado con voz
y con silencio me acudas.

Todavía no me vuelven
marcha mía, cuerpo mío
Todavía estoy contigo
parada y fija en tu trance,
detenidos como en puente,
sin decidirte tu a seguir,
y yo negada a devolverme.

Todavía somos el Tiempo,
pero probamos ya el sorbo
primero, y damos el paso
adelantado y medroso.
Y una luz llega anticipada
de la Mayor que da la mano,
y convida, y toma, y lleva.

Todavía como en esa
mañana de techo herido
y de muros humeantes,
seguimos, mano a la mano,
escarnecidos, robados,
y los dos rectos e íntegros.

Sin saber tú que vas yéndote,
sin saber yo que te sigo,
dueños ya de claridades
y de abras inefables
o resbalamos un campo
que no ataja con linderos
ni con el término aflige.

Y seguimos, y seguimos,
ni dormidos ni despiertos,
hacia la cita e ignorando
que ya somos arribados.
Y del silencio perfecto,
y de la carne falta,
la llamada aún no se oye
ni el Llamador da su rostro.

¡Pero tal vez esto sea,
¡ay! amor mío, la dádiva
del Rostro eterno y sin gestos
y del reino sin contorno!

LA ABANDONADA

Ahora voy a aprenderme
el país de la acedia,
y a desaprender tu amor
que era la sola lengua mía,
como río que olvidase
lecho, corriente y orillas.

¿Por qué trajiste tesoros
si el olvido no acarrearías?
Todo me sobra y yo me sobro
como traje de fiesta para fiesta no habida;
¡tanto, Dios mío, que me sobra
mi vida desde el primer día!

Dénme ahora las palabras
que no me dio la nodriza.
Las balbucearé demente
de la sílaba a la sílaba:
palabra "expolio", palabra "nada",
y palabra "postrimería",
¡aunque se tuerzan en mi boca
como las víboras mordidas!

Me he sentado a mitad de la Tierra,
amor mío, a mitad de la vida,
a abrir mis venas y mi pecho,
a mondarme en granada viva,
y a romper la caoba roja
de mis huesos que te querían.

Estoy quemando lo que tuvimos:
los anchos muros, las altas vigas,
descuajando una por una
las doce puertas que abrias
y cegando a golpes de hacha
el aljibe de la alegría.

Voy a esparcir, voleada,
la cosecha ayer cogida,
a vaciar odres de vino
y a soltar aves cautivas;
a romper como mi cuerpo
los miembros de la "masía"
y a medir con brazos altos
la parva de las cenizas.

!Cómo duele, cómo cuesta,
cómo eran las cosas divinas,
y no quieren morir, y se quejan muriendo,
y abren sus entrañas vividas!
Los leños entienden y hablan,
el vino empinándose mira,
y la banda pájaros sube
torpe y rota como neblina.

Venga el viento, arda mi casa
mejor que bosque de resinas;
caigan rojos y segados
el molino y la torre madrina.
¡Mi noche, apurada del fuego,
mi pobre noche no llegue al día!

Palabras Finales

Dejo a otros —con más suerte que yo— el averiguar en Barcelona el año exacto del nacimiento de Juan Miguel Godoy Mendonza, pues la carta que dirigí al Cónsul General chileno, en Barcelona, solicitándole este certificado, no fue contestada (9 de Octubre de 1974).

Estimo sí que debe haber nacido en 1925, puesto que falleció de 18 años.

Sabemos si, por lo consignado en el certificado de defunción, que sus padres fueron Carlos Miguel Godoy y Martha Mendonza.

Carlos Miguel sería hijo ilegítimo de don Jerónimo, nacido probablemente, en Huasco o Tierra Amarilla, lugar este último, donde falleció el padre de Gabriela, el 29 de Agosto de 1911.

Todos sabemos que don Jerónimo abandonó a su familia cuando Lucila tenía tres años, y allá en Atacama formó otra familia.

Para terminar, quiero expresar mi anhelo de que el señor Luis Vargas Saavedra, haga donación de aquellas fotos y cartas, que recuerdan a Gabriela y Yin-Yin, a este Museo, aún cuando fueran copias, ya que nuestra vida es transitoria y debemos considerar a las generaciones futuras, legítimas herederas del pasado, tan glorioso y emotivo en este caso.

Isolina Barraza de Estay

INDICE

Página Nº

1) Juan Miguel Godoy Mendoza (Yin - Yin)	5
2) Isolina Barraza de Estay	7
3) Recordando a Gabriela	9
4) Provenza Bedarrides	13
5) En Madrid	15
6) En Petrópolis	17
7) Palma Guillén y Yin-Yin	19
8) Carta Colectiva enviada por Gabriela a varias amigas en Chile	21
9) Defunción de Juan Miguel	27
10) Poemas de Gabriela Recordando a Juan Miguel	33
11) Luto	35
12) La Liana	37
13) Una Palabra	39
14) Mi Artesano Muerto	41
15) Mesa Ofendida	45
16) El Costado Desnudo	47
17) Los Dos	51
18) Aniversario	53
19) La Abandonada	55
20) Palabras Finales	57